

Mizé, cástate conmigo, cástate —le dijo Palha.
—Pero ¿qué dices, tío? —inquirió Mizé.
—Que te cases conmigo, por favor, ¡cásate!
—Respira hondo, anda, respira y tranquilízate.
—Oh, Mizé. Es que quiero estar contigo para siempre.
—O sea, ¿para follarme de continuo?
—Sí, eso también.
—Para que me folles no necesitamos casarnos.
—Pero eso es lo que yo quiero, cástate conmigo, ¿te casas?
—Pues claro que no.
—Pero ¿por qué no?
—Porque ni sabes lo que dices ni leches.
—¡Claro que sí!
—Yo no me voy a casar contigo sólo porque hayamos echado un polvo, Palha.
—Pero ¿no has sentido cómo ha sido de especial? ¿No te parece que ha sido muy bonito?
—¿Bonito?
—Sí, Mizé, nunca he sentido nada parecido.
—Por cierto, ¿has visto mis bragas?
—Sí, mira, aquí están, pero escúchame, hablo en serio, ¡te puedo hacer tan feliz!

—Mira, Palha, tú tranquilo. Por ahora podemos echar un polvo de cuando en cuando, y después ya veremos, ¿vale?

Después de aquellos doce minutos controlados por el reloj digital del coche, Palha sabía que no podría vivir un segundo más sin Mizé. Y de inmediato le pidió que se casara con él, pues era la única forma de no salir de debajo de ella. Tenía que ser su dueño y señor. Tenía que tenerla en casa, en la cama, en la cocina, fuese donde fuese, pero tenía que tenerla y, preferiblemente, sólo para él.

En un día de aparente mala suerte, en una carretera camino de la gasolinera, Palha se había quedado tirado sin gasolina y, por una casualidad divina, Mizé se había tropezado con él, saliendo de un atajo bordeado de zarzas. Y fue ése el día en que la tuvo por escasos minutos sólo para él. En el arcén la invitó a cenar y ella aceptó. Después de cenar, una invitación para tomar una copa a la que ella también accedió, y como todo aquello era de hecho muy atípico, Palha se atrevió a dejar a un lado la vergüenza y ganó un premio tal que, de no ser tan tímido, le habría dado tema de conversación para semanas. Nunca Palha había follado con una tía de ésas y nunca una tía lo había devorado así. Mizé era el giro más inesperado que la vida de Palha podría dar. Era una oportunidad entre un millón. Era el ascenso en la escala social hacia donde muy pocos soñaban vivir. Ninguno de los amigos de Palha vivía o estaba casado con una tía buena. Algunos tenían tías que estaban más o menos buenas. Pero maciza y buena, lo que se dice cojonuda como Mizé, no. Y aunque no era una rosa sin espinas, estaba listo para tragarse las que hubiera. Todo era una cuestión de concentración y confianza. Dos características que Palha no había tenido nunca, pero tampoco se había percatado de ello, ni siquiera en las innumerables veces en que su padre le había dicho:

—Un clavo se debe poner con un solo martillazo, y, si un hombre no es capaz de eso, entonces es que no es capaz de nada.

A pesar de no admitirlo, Mizé no podía por menos que estar enamorada de él, pensaba Palha mientras limpiaba el asiento

y abría la ventanilla para dejar salir el humo del cigarrillo de Mizé. Sólo el verdadero amor podía justificar los puntapiés en el salpicadero, las arremetidas contra la palanca de cambios, el contorsionismo profesional de quien lo adoraba. Para Palha, el bagaje de Mizé en el asunto, la experiencia adquirida, nada contaban. Aquél había sido un momento que él nunca había vivido y del que nunca había oído hablar.

—Cásate conmigo —dijo Palha mientras Mizé tiraba de las bragas para arriba y de la falda para abajo.

—Te estás quedando conmigo, ¿no? —preguntó Mizé.

—Para nada —respondió Palha mientras le admiraba el culo.

—¿No me estás vacilando?

—No, cástate conmigo, cástate conmigo, por favor.

—Entonces, pero...

—Pero ¿qué?

—Entonces, pero ¿casarse en serio?

—Sí, sí, con toda formalidad, en la iglesia, con fiesta y viaje.

—En la iglesia no, joder, todo menos iglesia —dejó bien claro Mizé.

—Vale, vale, sin iglesia pero te casas, ¿no?

—¿Y quién se hace cargo de toda la movida?

—¿Qué movida?

—La de la boda.

—Bueno, pues eso ya lo veremos.

—No, a ver —replicó Mizé ahora ya un poquito más cerca de la puerta del coche, intentando mantener la distancia que Palha insistía en acortar—. Si estás hablando de casarse en serio, con fiesta, viaje y todo, es en serio.

—Estoy hablando en serio, yo lo arreglo todo, pero cástate conmigo.

—Y luego, ¿qué?

—¿Luego qué?

—¿La casa?

—La casa, pues la alquilamos.

—No sé, no sé, eso me parece que está un poco verde.

—No, qué va, nosotros podemos ser muy felices, tener hijos.

—Para hijos quizá es mejor que te busques a otra.

—Oh, Mizé, dime que sí.

Mizé no contestó. Aquella especie de encuentro accidental, que se había prolongado en un bacalao con natas, media de tinto de la casa para los dos, arroz con leche, café, caipirinha, más caipirinha, más caipirinha, más coche de vuelta para casa, más vamos a echar un casquete con éste, que hasta se ha enrollado bien, y ahora de regalo le estaba ofreciendo casa, fiesta y viaje; tenía de hecho un físico muy típico pero su cara era extremadamente joven, pese a que aún no sabía lo que significaba aquella expresión que parecía de total honestidad; estaba dispuesta a descubrir si aquella petición de mano era un fruto efímero de su talento y su flexibilidad o si de hecho Palha había quedado totalmente obnubilado.

—O sea, ¿con fiesta, viaje, casa y todo?

—Sí, Mizé, con todo, todo aquello que tú mereces y mucho más —confirmó Palha.

Muchos habían sido los que le habían prometido todo, pero nunca en aquel tono. Muchos le habían prometido viajes de fin de semana, comilonas, ropas, algunos hasta cedés, pero nunca ninguno lo había hecho con la intención de realmente cumplirlo. Siempre habían sido promesas hasta la próxima y después hasta la siguiente, hasta que los tíos empezaban a evitarla, cuando ya no tenían más cuentos que largarles a sus respectivas mujeres.

—Bueno, pues entonces, si lo arreglas todo, nos casamos —dijo Mizé.

—¿En serio?

—Sí, pero si empiezas con mandangas ésta ha sido la primera y la última.

Y éstas fueron las palabras decisivas para Palha. No podía dejar escapar aquella oportunidad. Era demasiado buena. La oportunidad, y también Mizé.

De inmediato convenció a su madre para prestarle el dinero para la fiesta y el viaje. Un viaje que no les llevó muy lejos, pues la madre sólo podía disponer de medios para una vuelta por el norte, debido a la persuasión física del padre. En cuanto a la casa, que Mizé tanto insistía en tener, irónicamente fue su padre quien la consiguió. Frente a la idea horrenda que la madre había tenido de invitar a Mizé a vivir en su casa, por lo menos en los primeros tiempos, mientras enderezaban su vida, el padre vio el caso como desesperado y fue a hablar con su amigo de la Junta Municipal y le pidió una buena recomendación, untándole con una caja de botellas de whisky en el maletero, para poner a su hijo al principio de la lista para las viviendas protegidas del Ayuntamiento. Un favor que, pese a no ser positivo para su sed, siempre era preferible a tener que tropezarse con el hijo y ahora la nuera, en los pasillos de un apartamento que ya era demasiado pequeño para él y su mujer. Aquello, que parecía haber sido una ayuda paternal, era en verdad la última carta civilizada que el progenitor tenía en la manga, antes de empezar con el juego sucio, que irremediablemente acabaría en problemas con su mujer. Madre dedicada y siempre pendiente, la santa señora nunca había visto a Palha con los ojos de su padre y aún hoy pensaba que su único problema era ser tímido. Un niño esmirriado que había tenido algunos episodios de mala suerte desde sus primeros días.

Al principio, Mizé se sintió medio engañada, pero no tenía cómo justificarlo. De hecho tuvieron lugar una serie de celebraciones en el Miradouro, una fiesta, o mejor una cena en un restaurante medio fino, fuera del suburbio. Pero no había habido finca con terraza, ni césped. No había habido lista para más de una docena de invitados y mucho menos grupo musical. A continuación fue el viaje, que la dejó jodida, pero una vez más no podía protestar. No sólo porque parecería mal, sino porque de hecho habían ido una semana entera en coche por el país, a conocer el lejano norte, muy admirado por Palha, que nunca perdía una oportunidad de explicar aquello que sentía en relación con el paisaje:

—¿Sabes, Mizé? Me gusta mucho el norte —repetía Palha después de cada curva, cada vez más retorcida—. ¿Y sabes por qué? Porque el norte es muy bonito, muy bonito.

—Sí, es verdad —respondía Mizé que no conocía el norte ni pensaba que aquello se pudiera calificar como luna de miel.

Sin embargo, así era calificado y ella no podía protestar, como en cambio sí lo hizo cuando llegó el momento de la casa:

—Pero ¿qué mierda es ésta?

A lo que Palha respondió, ciego de ganas de llevársela para el dormitorio:

—¡Es nuestra casa!

Y en aquel instante nació la madre de todas las discusiones, que a su vez originó tantas otras. Un barrio social tampoco era lo que Palha había soñado, pero bien vistas las cosas y las cuentas en el banco, era lo mejor que se podía encontrar. Y estando juntos, hasta podrían ser felices allí. Una idea que Mizé se esforzó en contrariar justo en los primeros días, dejándolo en abstinencia, porque necesitaba acostumbrarse a la casa. Más tarde, debido a las discusiones constantes y al aumento de las abstinencias, también él empezó a desarrollar un complejo de inferioridad por tener como dirección el barrio de viviendas sociales Esperanza. Complejo ese que evolucionó rápidamente hacia la sensación de que nunca debía haber cambiado de dirección en el banco, en el trabajo, en el videoclub y en todos los otros locales donde un hombre, por más que le asegurasen que no, era tratado conforme a cuál era la dirección en el recibo del agua. Para mayor agravante, él había sido criado y educado en un primer piso de un bloque de tres, justo al lado de la estación. Una zona más noble, teniendo en cuenta los valores de mercado socialmente aceptados. Donde una casa a cinco minutos de la estación, que a veces podía querer decir a cincuenta metros de las vías, tenía más valor del que se podría esperar. Incluso teniendo en cuenta el ruido de los trenes, las horas llegando y partiendo, el mogollón de taxistas a la búsqueda de señoras cansadas con bolsas de compras enormes y ya sin pies para hacer aquellos últimos kilómetros hasta casa, los chicos be-

rreando por la noche mientras bebían cerveza templada, comprada en la pastelería con horno propio pero que también tenía bebidas y de madrugada hacía un negocio medio oscuro, inflacionado por la exclusividad y por el alto contenido de alcohol en la sangre de los clientes.

Ahora no estaba a cinco minutos de la estación, sino a veinte. En verdad, en verdad, estaba casi en la otra estación. Pero eso nunca lo iba a admitir, la estación siguiente era tan sólo un apeadero ya casi al final de la línea y tan lejos que incluso él nunca había llegado allí. Pero estaba lejos, lo cual significaba obviamente una bajada del nivel al que se había acostumbrado mientras vivía en casa de los padres. Sólo por casualidad, Palha no se acordaba ya de cuando sus padres habían empezado a comprar aquel apartamento, que les había costado las mayores privaciones; los tiempos eran otros, y la estación no era lo que era ahora y los cinco minutos de ahora parecían por lo menos diez en aquella fecha. Teniendo en cuenta que a medida que un suburbio iba creciendo, las distancias iban disminuyendo, pues apear con tres kilómetros en un descampado no era lo mismo que hacer la misma distancia a través de calles con tiendas, *snacks*, carnicerías, droguerías y restaurantes chinos. Todo ello distracciones de la mente y señales de que de hecho los años habían pasado, el progreso no se paraba y ahora Palha vivía por su cuenta, en su casa. Pero Palha no quería ser visto como alguien que vivía en un barrio de viviendas sociales, porque de hecho el sólo estaba allí por pura equivocación del destino. Aquella vivienda era solamente algo pasajero hasta poder alquilar un apartamento en una zona normal, con pisos altos, ascensores, garajes, asadores, centros parroquiales, telepizzas y minijardines con minivallas en forma de miniarcos, para que los niños tropezaran y se rompieran la barbilla cada vez que empezaran a correr por el minijardín. Si el presupuesto fuera suficiente, un sitio con un supermercado cerca, para poder ir en un momento a buscar aquello que se les hubiera olvidado en la visita semanal. Si tuviera un supermercado con un cafecito y unas tiendas, entonces sería perfecto, pues allí podría adquirir todo lo que

sus ingresos le permitieran. Y bien preparado el camino, hasta podría convencer a Mizé para compartir una parte de la renta. Sí, porque a medias él sabía muy bien que nunca lo iba a conseguir. Incluso porque no quería. Un hombre, si no sostenía la casa por lo menos tenía que cargar con la mayoría de los gastos.

No era solamente una cuestión de principios, sino que provenía del hecho de que la mayoría de las mujeres de los amigos de Palha ganaban casi siempre menos que los maridos. Lo que en el caso de Palha aún estaba por aclarar, visto que a Mizé le gustaba muy poco compartir el valor de su patrimonio, al margen de aquello que estaba a la vista de Palha. Y de hecho, era aquello que estaba más a la vista lo que Palha más quería de Mizé. O mejor dicho, aquello que saltaba a la vista, con mención especial para el culo.